

(Esa frecuentemente fea y triste lacra  
que dolió a Machado)

III

A mí no me engaña  
tu sabroso engaño  
¡más cómo te agradezco tu intención loable!  
He calado el secreto que encierra tu canto:  
Tú palpaste la llaga de fétido pus  
que rezuma la negra esclavitud del campo,  
y con tus versos —chispas de luz que embellecen,  
panacea y bálsamo —  
en canción pulida  
trocaste lo zafio,  
y cual nuevo Habacuc entre yermas higueras,  
apolilladas vides, desiertos establos  
y menguados trigos  
por hoscas solanos,  
hallaste fortaleza en Dios y en El tu gozo,  
tu paz en remanso;  
y alumbraste la senda de la tierra al cielo  
encubriendo lo hediondo de los hombres malos.  
¡Con amor no cantaste ese murido —fantasma,  
para ti de verdad por haberlo soñado!  
Clavaste en nuestro pecho el soñar de tu sueño  
y arraigó tu engaño,  
y nos dió por fruto  
la perenne ilusión de sentirnos mejores  
y hacernos hermanos.

FERNANDO BRAVO Y BRAVO



PELLIDAR a José María Gabriel y Galán el *Virgilio español* pudiera parecer excesivo. no habiendo llegado el vate salmantino —tal vez debido a lo corto de su existencia terrena — a la dimensión histórica y transcendencia del Coloso de Mantua. El epíteto, sin embargo, se le puede aplicar con toda propiedad si le consideramos, y no hay ninguna inexactitud en ello, como el único gran poeta naturalista con que cuenta el Parnaso hispánico. Ampliamente trataron esta modalidad autores de la periferia peninsular, de lengua no castellana y, sobre todo, existen de ella obras insignes en la producción castellana no española, es decir, en América. Pero en el sentido estricto de lo que se suele entender por Literatura Española, Gabriel y Galán es único, como ya decía Cejador en su tiempo. Es un hecho que ni los clásicos ni los románticos, ni mucho menos la pléyade contemporánea, se han sentido atraídos por el grandioso escenario natural en que, sin embargo, todos ellos vivieron y viven. El poeta

## Un poeta naturalista

por CARLOS CALLEJO

español, genéricamente hablando, ha escrito siempre sus composiciones en su gabinete de trabajo de espaldas al balcón.

Las pocas veces que nuestros autores poéticos, aun los de más

variada y plástica inspiración, han traído elementos naturales a sus obras, lo han hecho siempre como recurso, para amenizar con unas cuantas pinceladas verdes el tema tratado. A lo sumo como el paisaje convencional de fondo que de cualquier manera completa el cuadro cuyo primer término ocupa un asunto de muy distinta índole. Nunca la naturaleza ha sido la protagonista única de una obra poética, ni siquiera plenamente de una sola composición.

A estas aseveraciones, instintivamente la memoria nos objeta el nombre de Fray Luis de León. Pero si con algún detenimiento estudiamos los versos de éste, veremos que en ningún momento se le puede denominar naturalista. Como su modelo Horacio, Fray Luis es un poeta de corte, cuando más de cátedra, y no un cantor de la Naturaleza. Si en alguna ocasión celebra la *noche serena* o el *huerto recatado*, es a manera de evasión momentánea de su pensamiento habitual, como ideal de reposo que su vida no logra alcanzar. Esa fontana pura y ese campo de esparcidas flores, Fray Luis los ve sólo desde la ventana de su celda. Incluso en su oda a Felipe Ruíz, la ansiedad por conocer los misterios naturales es nada más que un pretexto para su especular filosófico, un medio y no un fin.

En los demás autores del siglo de oro, que escenificaron al aire libre sus cantatas y églogas, tales como Garcilaso, Gil Polo, Jáuregui, etc., la visión de la Naturaleza es sólo un *pastiche*, un diorama convencional y artificioso, sacado de las ficciones pastoriles griegas

y romanas y repetido mil veces. Los versos con frecuencia magníficos, resuenan en un ámbito teatral, en vez de expandirse en alas del viento. Sólo se ha conseguido plasmar un escenario, unas cuantas decoraciones de cartón y un telón de fondo con colores desvaídos, en nada semejantes a la realidad.

A pesar de tener al alcance de su mano la colosal biblioteca del mundo natural, los poetas españoles todos se nutren, en cuanto a esta modalidad se refiere, de lugares comunes, tomados en préstamo una y otra vez. Si se cita una flor, es siempre e inevitablemente la rosa. Constituye una inelegancia nombrar cualquiera otra entre los millares de ellas que cada día crecen ante los ojos del escritor. La fauna está reducida a la media docena de especies que repiten los modelos latinos o que mencionan los textos más corrientes de la Biblia: el manso corderillo, el lobo cruel, el ciervo sediento... Del multiforme reino de las aves sólo conocemos un súbdito: el ruiseñor. Este pájaro canoro campea como paladín único en el lenguaje de los vates, la mayor parte de los cuales de fijo no le han visto jamás y muchos de ellos ni siquiera escuchado.

Las pocas excepciones a esto entre nuestros clásicos (Mira de Mescua, Villegas) no alcanzan transcendencia para ser tomadas en cuenta. ¿Y el Romanticismo? En otras literaturas ha producido ejemplos grandiosos de poesía naturalista. En la nuestra no. Hojeando las profusas antologías del 800, se encuentran los mismos tópicos artificiosos de los siglos anteriores, la misma escenografía pintada. Seguimos con la rosa y el ruiseñor, a lo sumo, con las palomas de Venus o el cielo estrellado de Abraham. Algunas frases de *El Faro de Malta* del Duque de Rivas, de Selgas o Jovellanos, algunos versos de la Avellaneda o Gil Carrasco, ponderan esporádicamente aspectos de la Naturaleza, pero siempre como contraste o decoración al drama subjetivo del poeta, protagonista absoluto y exclusivo de sus obras.

Finalmente, de las escuelas modernas hay poco que decir a este respecto, ya que *a priori* y por postulado básico su poesía está enemistada irrevocablemente con la madre Natura y busca, según sus apóstoles, fabricar un mundo distinto del que Dios creó. El poeta superrealista, más subjetivo que ningún otro, no sólo escribe de espaldas al balcón, sino que lo hace con el balcón cerrado.

.....

Jose María Gabriel y Galán es poeta naturalista antes que todo. Su obra ofrece, como es sabido, dos facetas esenciales: una, el documento humano regional, y otra el naturalismo estrictamente entendido. Con ser valiosos e inimitables sus logros en la primera, a nuestro juicio la segunda es más específica por más exclusiva. Apenas puede leerse un poema suyo en que la Naturaleza no desempeñe un papel importante, si no el principal. Colocado en medio del paraíso natural, este único Adán de nuestras letras se identifica con él, penetra en su unidad y variedad; abre los ojos a lo que le rodea y lo contempla con asombro primero, luego con amor y finalmente con



NUESTROS ARTISTAS: «Contrabandista», por Antonio Solís Avila.  
(Foto Muro)

agradecimiento porque sabe que estas joyas resplandecientes, gozo inefable de nuestros sentidos, son las primicias de Dios a su criatura predilecta y primordial, la única formada a su imagen y semejanza. Su extática latría por la Naturaleza sigue la filosofía franciscana y no cae jamás en el trágico panteísmo de algunos de sus colegas de estilo. Así lo confiesa muchas veces y más explícitamente al decir:

Yo admiro la hermosura,  
la soberana esplendidez grandiosa  
que Augusta ostenta sobre sí Natura,  
pero ella es criatura,  
no puede ser mi diosa;  
y aunque canto postrado de rodillas  
delante de sus grandes maravillas  
que son del mundo hechizo,  
yo sólo adoro en ella  
la mano soberana que la hizo.

Por otro lado Gabriel y Galán, en el terreno poético, tanto como su homónimo José María de Pereda, nuestro primer naturalista en prosa, ha devuelto a esta escuela su limpio contenido etimológico, en contraposición a otros naturalismos literarios, casi siempre extranjeros, en donde el cálamo descriptivo, se ha complacido en diseñar no lo natural, sino lo aberrante y degenerado, haciendo sucia caricatura de lo que merecía un brillante retrato.

Todavía más que cantor de nuestra raza, el autor de *El Ama*, es cantor incomparable de nuestra tierra, entendiéndose por esta frase, no sólo la circunscripción geográfica en que nos hallamos, sino más bien el trozo de planeta que está bajo nuestros pies. Gabriel y Galán no se limita a sentir la Naturaleza, sino que la conoce y la estudia, poniendo todas sus facultades de espíritu en el objeto de sus amores. Su pluma ha incorporado definitivamente a nuestra poesía todos los personajes del polimorfo concierto natural, antes residenciados como plebeyos. Nos enteramos de que, además de la rosa y el lirio, hay otras flores y plantas: violetas y gavanzos, toronjiles y albahacas, madre selvas y retamas, montaraces jaras y vigorosos brezos, quitameriendas, acederas, hinojos y achicorias que crecen *entre los pinares resinosos y cabe las robledas solitarias, junto al tronco perfumado del abeto o bajo el palio del follaje del quejigo.*

Igualmente, no sólo surca el aire el manido ruseñor, sino que le hacen compañía las alegres alondras, la oropéndola y el cernicalo, el águila real y la cigüeña hierática, el abejaruco clavado en la *verruña de una encina* o el cárabo que grazna entre las ruinas.

No menos rico y vario es su lenguaje cuando fonetiza los fenómenos geológicos; cuando con pasmosa sugerencia visual describe los crepúsculos, las crestas de los riscos negros, el solano bochor-

noso y el duro cierzo, la húmeda tierra gredosa, y el himno ronco y fresco de las aguas en el torrente o en el regatuelo que rezando baja.

El recuerdo de las geórgicas virgilianas invade la mente del que lee *El poema del gañán*, *Las repúblicas* o *La canción del terruño*, admirables himnos a la agricultura, vital y milenario trabajo del hombre. Muchas de sus composiciones merecen el nombre de églogas tanto como las del más grande de los latinos. *Fecundidad*, *La flor del espino*, *Tradicional*, son otras tantas visiones idílicas de una Arcadia inefable, por verídica y real. En vez de las farsas pastoriles, hallamos la inimitable página de *El Vaquerillo*, pieza única en nuestra literatura, o esa exquisita versión ibérica del libro de Ruth que se titula *La Espigadora*.

Los tratadistas que a veces han tachado a la musa de Gabriel y Galán de excesivamente rústica y vulgar, no deben de haber leído fragmentos de tan grandiosa elevación como el que empieza

¡Salve, luz creadora!  
Si de la mano del Señor salida  
prístina creación es toda vida,  
segunda creación es toda aurora.

del poema *El arrullo del Atlántico*. Y aún existen composiciones como *Adoración* y *Desde el campo* que habrían llegado a más altura, si su autor hubiera repasado ciertos descuidos que desvirtúan algo la intensa sugestión lírica del verso. Pero estos esporádicos descensos de inspiración—de los que ningún maestro está libre—acaso son fruto de la obsesión que el poeta tenía de ser claro y sincero como corresponde a un verdadero cantor de la belleza plástica. Es fácil ver a lo largo de sus páginas cómo el autor de las *Extremeñas* se recrea, se transfigura ante un fenómeno natural que suscita en él una emoción estética intensa, capaz de transmitirse íntegramente al lector. Estamos muy lejos de las estrofas rimbombantes de Lista y de Quintana. Aquí las expresiones son palpables y tangibles a fuer de vivas y fidedignas. Nuestros ojos parpadean a la naciente luz del sol cuando leemos, o mejor dicho, contemplamos esos amaneceres, temblorosos como preludios sinfónicos que el poeta retrata en *El arrullo del Atlántico* y en otros lugares de sus rapsodias. Nuestro olfato se esponja cuando José María nos habla de los montes carrascosos y de los sanos perfumes de las eras. Y parece que queramos contar las estrellas en las noches románticas de Julio o en esas otras noches rumorosas y serenas, de brisas mansas y de luna llena. No existe nada en nuestra literatura que pueda compararse en vigor pictórico a esta descripción:

Era un día de febrero  
revuelto, lluvioso y frío,  
cada camino era un río  
y cada charco un sendero.

Bajaban por las quebradas  
turbios regatos zumbando,  
que iban el hoyo inundando  
de hoscas aguas coloradas.

Y era el barbecho un fangal  
y el prado un estanque era,  
y una charca la ribera,  
los valles un chapatal...

¿Qué más? Hasta en un fenómeno de tan poca sugestión hedónica como es el abrasante calor estival a la hora del sesteo, encuentra elementos artísticos suficientes para confeccionar poemas como *El cantar de las chicharras*, para el cual se ha elegido una métrica reiterativa (acaso inspirada en la de Federico Mistral en *Mireya*) precisamente para dar mayor sensación onomatopéyica del monorrítmico zumbido de aquel insecto veraniego.

Nada de decoración ni bambalina: todo es de bulto, crujiente y viviente; todo palpita y bulle y respira en sus ásperos dramas a la intemperie. El pintado jardín de clásicos y románticos se ha hecho selvática y espléndida naturaleza, lo mismo que Salicio, Tirsis, Flérida y demás muñecos con pellica, son ahora carne sarmentosa y hueso robusto bajo los nombres de Quico, Pedro y Juana. Hasta el profundo sentimiento religioso del poeta gusta de manifestarse a cielo abierto y canta con acento fervoroso a la Virgen María cuando la encuentra sentada en un trono natural, la *mística loma* de la Montaña, desde la cual

Como sábanas inmensas de luenguísimos desiertos  
se extendían, dominados por los brazos de la Cruz,  
horizontes infinitos, infinitamente abiertos.  
al abrazo de los cielos y a los besos de la luz.

En las aulas y en los ateneos de hoy es frecuente hablar de Gabriel y Galán con cierta conmiseración, mientras se exaltan exageradamente otros valores de las generaciones siguientes. Este fenómeno ocurrió ya con Bécquer y ocurre con todos los poetas que hablan el lenguaje sencillo de la eternidad, no entendido por los espíritus artificiosos y laberínticos. A Gustavo Adolfo en su época y durante mucho tiempo después, se le tildó de afeminado y vulgar por colegas suyos que hoy son solamente polilla y ya no serán nada más que eso en el futuro. Todavía hace treinta años, Bécquer era el poeta de las niñas cursis y sólo ahora parece que se ha llegado a descubrir la colosal envergadura de su numen. Tal vez haya ayudado a este descubrimiento el observar que, en cualquier momento que se quieran pedir, existen hoy en las librerías veinte ediciones distintas de sus obras.

Con Gabriel y Galán pasa y pasará algo parecido. Para muchos no es bastante significativo el hecho de que antes de cumplirse el cincuentenario de su muerte se hayan hecho más de cincuenta ediciones de sus poemas, a más de una por año, mientras las producciones de otros considerados paladines del género, algunos casi coetáneos suyos, no han agotado todavía la primera o acaban de sacar a luz la segunda. Confiamos en que tampoco se tarde mucho en el descubrimiento del poeta de Frades, al caer en la cuenta de que lo que teníamos por común y doméstico, era cabalmente la calidad perdurable, mientras la complicación y el fleco y el varillaje y el arrequive y el rompecabezas, son distintivos ciertos de lo deleznable y efímero.

Por eso, amigos, cuando os halléis ante un erudito que se sonríe al oír hablar del vate salmantino, vosotros sonreíos del que sonríe; porque dentro de mil años nuestro poeta seguirá en la boca de las gentes y en el escaparate de las librerías, en tanto que muchos de los idolillos en los que seguramente adora ese *erudito*, no serán más que chirimbolos arrumbados en el desván del olvido, vianda de ratones y viguería de arañas. Y no hacen falta áltos dones proféticos para afirmar esto. La Naturaleza es impasible y perenne y dentro de diez siglos seguirá tan hermosa, tan pujante y tan vital como ahora. No sabemos si en ese futuro remoto subsistirán nuestras costumbres, nuestras máquinas, nuestras capillitas filósóficas o estéticas. Pero estamos ciertos de que seguirá habiendo atardeceres plácidos, nubes y nieves, playas y bosques, feraces vegas, altos montes, madroñeras y jaras, águilas y palomas, mariposas y chicharras. Podrán surgir o no en lo sucesivo otros poetas naturalistas, pero José María Gabriel y Galán siempre será el primero en nuestra literatura que se adelantó al centro de este paraíso insondable y acordó su lira diciendo:

EN EL NOMBRE DE DIOS, CANTO LA VIDA...

## Poesías selectas de Angel Marina

Por FRAY ENRIQUE ESCRIBANO

Volumen noveno de la Colección de Estudios Extremeños  
(Sección de Literatura), publicados por los Servicios Culturales de esta Excelentísima Diputación Provincial

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS DE CACERES

## LUZ (1)

Dijo, Dios: luz. Y el espíritu  
se llenó de luz amante  
bendiciendo la mirada  
secreta luz del instante.

Indecisa luz de trigo  
serpenteando la tarde  
de verde mar añorado,  
de añorado pie del aire.

Luminoso monte abierto  
desvanecido en el valle  
anida luz—¡fulgor de pájaro!—  
en la rama de los árboles.

Luz de flor y luz de piedra  
y luz de Dios intocable  
creciendo como el aroma  
de incienso sobre los ángeles.

Luz de río cincelando  
el agua, saltan, cristales,  
y el sol se queda dormido  
soñando en los arenales.

¡Qué aliento de luz intacto!  
¡Qué bosque de luz quemándose!  
Nube de luz, cabellera  
blaca de amor, navegante.

Luz abriendo con sus dedos  
el esplendor de la carne.  
¡Qué noria de luz la vida  
a cángilones de sangre!

JESUS DELGADO

(1) «Luz»—luz extremeña—es mi ofrenda a la memoria de José M.<sup>a</sup> Gabriel y Galán, un ramo de luz de este luminoso día, quisiera yo depositar en su tumba, en sus manos, en sus ojos secos para darle vida.